

La mortandad, relativamente, fué grande, pues el campo quedó cubierto de cadáveres, á quienes manos piadosas del vecindario dieron sepultura después.

VI

Un episodio digno de mencionarse.

Ocho días antes del ataque de "Conejo" un soldado de la guardia nacional de Tlacotalpam que había consumado el delito de deserción descolgándose hasta el río por medio de una soga que ató á uno de los cañones de la batería alta, había sido juzgado y sentenciado á muerte en consejo de guerra: el referido guardia dejó atada la soga á la pieza de artillería, se llevó el fusil, y atravesando á nado el río, se puso en salvo al momento; y cuando más tarde fué denunciada su presencia á los alrededores de la población, hizo armas contra el Comandante militar, á quien disparó un tiro, al ir á aprehenderlo, al otro lado del "Río Chiquitó:" por fortuna el tiro marró.

Una vez reducido á prisión, se le envió al campamento donde se le procesó como era natural; mas como por ciertas circunstancias la causa pasó al Cuartel general de Oaxaca, en consulta, antes de ejecutarse la sentencia pronunciada, el reo permaneció en "Conejo," encerrado en un jacalón inseguro, por cuyo motivo el Jefe del punto se vió obligado á asegurarlo con *grillos* y *esposas*.

Durante las primeras horas del combate del día 9, nadie se acordó del infeliz sentenciado; pero cuando la pérdida del campamento era irremisible, el Comandante Zamudio, auxiliado del primer Ayudante Redondo, logró romper las férreas ligaduras de aquel desgraciado, expuesto á sufrir una muerte más desastrosa aún que si hubiera sido fusilado, pues que el incendio comenzaba á aparecer al Norte del campamento, y se oían los gritos destemplados y feroces de las hordas egipcias que se acercaban con rapidez.

Pues bien: este condenado á muerte, este hombre que parecía natural tuviera mala voluntad á sus jefes, aun cuando él era el único responsable de la suerte que le estaba reservada, y cuya traición hubiera quedado justificada á sus ojos, si hubiera buscado abrigo entre las filas enemigas; este hombre, repito, al verse libre y tropezar á pocos pasos con el cadáver de uno de sus antiguos compañeros, se apoderó violentamente del fusil que á poca distancia estaba en tierra: vistióse el correa que á toda prisa quitó al muerto, cargó el arma casi á la vista del enemigo, é hizo fuego certero al primer contrario que apareció: luego, siempre haciendo fuego, pudo incorporarse á los demás soldados que se batían en retirada; y ya en "Punta de Arena" se presentó de nuevo, como reo, al Jefe de la mutilada columna. Cuando más tarde, y debido al parte rendido, tuvo noticia del suceso el mismo Consejo de guerra que lo había sentenciado, pidió gracia de la vida al Cuartel general, y el General Díaz lo concedió.

Un día antes había sido confirmada en Oaxaca la sentencia de muerte contra él pronunciada.¹

VII

Lóbrega, triste, sofocante, estaba la noche del día 9 de Julio.

La población parecía desierta: las puertas de las casas, herméticamente cerradas, no dejaban escapar el más tenue rayo de luz: solitarias las calles, no dejaban sentir el más leve rumor de nadie que por ellas transitara. La guardia establecida

¹ Fué Presidente del Consejo de Guerra, el que esto escribe; vocales los Capitanes D. José Miguel Zamora, D. Othón Ripley, D. José Rodríguez Ayala, D. José M. Iglesias, D. Manuel Castillo y D. Juan Delfín; Fiscal el Comandante D. Joaquín G. Güido; Escribano el sargento D. Francisco Flores; Asesor el Capitán Lic. D. Leonides Badillo, y Defensor el Teniente D. Juan Sánchez. Asesoró la causa en Oaxaca el Coronel D. Francisco Ballesteros, Asesor general del Ejército que mandada el General D. Porfirio Díaz.

en "Los Melonares" fué reforzada precautoriamente, y los oficiales del Estado Mayor, y los jefes sin mando inmediato hacían el servicio de vigilancia desde el "Hotel Porragas" hasta el punto indicado, que era donde únicamente se notaba vida, pero no animación.

El General García, triste y cabizbajo, como agobiado por los males que sobre la costa parecían caer, permanecía en el salón principal: el Secretario de Gobierno y el Comandante militar le hacían compañía dominados por el mismo pesar que en todos se hacía sentir. Repetimos que el General era un buen patriota, y como él todos cuantos le acompañaban, y cualesquiera que fueran las causas que habían determinado la difícil situación en que nos encontrábamos, nadie se acordaba del pasado, sino de que á todo trance se debía salvar el honor nacional para el porvenir. Ya no era aquel jefe siempre afable, para quien cada subordinado era un amigo; ya no aquel camarada alegre y bullicioso, dispuesto siempre á obsequiar á sus compañeros: en aquellos momentos era el hombre que pesaba su situación y la grave responsabilidad que sobre él recaía; pero en tan críticas circunstancias no desmintió la reputación de buen ciudadano que justamente había adquirido.

Estaba desmoralizado, es cierto, muy desmoralizado, pero atento á cuanto á su alrededor pasaba.

Un repentino ¡quién vive! lanzado bien á lo lejos, le hizo levantar súbitamente la cabeza.

—¿Qué sucederá?—preguntó dirigiéndose á los que lo acompañaban.

—Voy á saberlo, mi General,—le contestó el Capitán X... que acababa de llegar momentos antes.

El silencio se hizo de nuevo, interrumpido á corto rato por los pasos del caballo del Capitán que regresaba ya.

—Son dispersos de "Conejo" que llegan á presentarse, señor,—anunció entrando en el salón.

Todos se pusieron de pie.

En efecto, minutos después, y seguido de varios oficiales que hacían la vigilancia, se presentó un grupo de soldados del "2º Activo" con el Capitán Iglesias á su frente, y el Subayudante D. Lorenzo Romero, de la Guardia Nacional de Tlacotalpam.

Venían en el estado más lastimoso, mojados y lodosos, pero con sus fusiles, negros aún de la pólvora que habían quemado en el campo de batalla. Aquellos valientes demostraban en su semblante que, vencidos y todo, estaban satisfechos de sí mismos: el orgullo brillaba en sus miradas afectando un aire marcial; y si alguno de ellos parecía triste, era en recuerdo de los bravos camaradas que habían quedado tendidos al lado de los contrarios, á quienes en defensa de los sagrados fueros de la libertad habían arrancado la vida.

El General estrechó entre sus brazos á aquellos patriotas; y á la vista del estado que guardaban, las lágrimas inundaron su rostro, porque comprendía cuánto habían sufrido, después de escapar al furor del enemigo. Aquellas lágrimas eran el premio que de momento recibían en nombre de la patria agradecida.

La relación de los hechos fué corta, pero dicha con entera franqueza y verdad; y al concluirla el Capitán Iglesias, agregó el Subayudante Romero:

—Al mediar la noche, y después de permanecer ocultos entre el monte en las cercanías de nuestro pobre campamento, bajamos al río, á distancia bastante para no ser descubiertos por las cañoneras, aunque la obscuridad nos favorecía: allí atravesamos el río á nado, y como soy conocedor de la tierra he servido de guía á mi Capitán y á mis compañeros hasta llegar al "Esterillo," y de ahí hasta acá, mi General.

Nada sabían de la demás tropa, ni de los jefes; pero suponían, y con razón, que se habían dirigido á "Punta de Arena," donde encontrarían seguro hospedaje en la casa del Tío Abuelo.

Y así fué en efecto.

El anciano Mendoza y sus hijos fueron siempre honrados ciudadanos y excelentes patriotas dignos de todo encomio.

VIII

Los recién llegados, estenuados y muertos de hambre, fueron atendidos con un buen refrigerio en el mismo hotel á expensas del Estado, y luego conducidos á un cuartel para mudarse las ropas y reponerse de las fatigas de tan aciago día.

Una hora más tarde, á las cuatro de la madrugada, otro pelotón de dispersos, al mando de un sargento, se presentó también al Cuartel general. El parte verbal que rindió el sargento, no difería en nada del dado por Iglesias y por Romero, si no fué por el lugar por donde pasaron el río. Como aquellos, estuvieron escondidos durante el día, teniendo la desgracia de haber perdido á uno de sus compañeros que se ahogó en la travesía por desfallecimiento ó por poca destreza. Se les mandó alimentar como á los primeros, y luego marcharon á incorporarse con aquellos para descansar á su vez.

IX

Desde la llegada de los dispersos hasta que el nuevo sol vino á alumbrar las primeras horas de día 10, el tiempo se hizo más largo, y á cada momento se esperaban nuevas é infaustas noticias. El General con sus Ayudantes permaneció en el hotel rodeado de sus amigos: apenas hablaba lo muy necesario para dar alguna orden relativa al servicio, y los caballos de los segundos permanecían, fatigados también, atados á los pilares del edificio.

El cielo, nebuloso y presagiando tempestad, ocultaba su diafanidad tras gruesos nubarrones; y los rayos de un sol amarillento y débil, apenas se indicaba hacia las ocho de la mañana. El silencio y la pavora que envolvían á la ciudad, le daban un aspecto lúgubre y por demás siniestro, adecuado

al continente apenado y meditabundo de los pocos transeuntes que se dirigían al mercado, ya para proveerse de alimentos, ya para adquirir noticias, ya para explorar el río desde el muelle, cubierto aún con los bultos de equipajes, cajas, etc., hacinados allí desde el día anterior.

El Capitán Ehlers volvió á ocupar su observatorio de la torre de la Parroquia, y X..... regresó al "Esterillo" para explorar más de cerca el río.

Las cañoneras permanecían en el mismo lugar que ocuparon el día 9 para bombardear á "Conejo;" pero podía verse sobre cubierta una numerosa tropa de infantería egipcia destinada indudablemente á ocupar á Tlacotalpam.

Era la que acababa de abandonar el campo republicano.

En la mesa de la montaña nada indicaba la existencia de tropa de ninguna clase: sólo una débil columna de humo que ascendía lentamente, era la que indicaba el lugar donde estuvo el campamento.

De nueve á diez el movimiento de la población se acentuó más, y multitud de personas se acercaron al General en Jefe ya para saludarlo, ya para ofrecerle sus servicios, distinguiéndose los empleados y celadores de la aduana terrestre, y algunos comerciantes, entre otros el Sr. D. Mauricio Shelenke, que tenía el carácter de Cónsul de su nación. Estas pruebas de cariño tranquilizaron al General, quien con más calma pudo hacerse mejor cargo de la situación: lo que más le apenaba era no tener noticias de las demás fuerzas de "Conejo."

Esta incertidumbre cesó como á las once: el Comandante Zamudio hizo llegar un correo con el parte de lo ocurrido, y su lectura volvió á recrudecer la pena de todos cuantos la escucharon. Divergía en algo de la relación que hicieron Iglesias y los demás, pero en esencia era igual, enarrando algunos detalles posteriores á la derrota sufrida en la playa del mar, que aquellos no podían conocer. Según el parte, fueron nuestras fuerzas las que incendiaron el campamento.

Así, pues, la derrota quedaba comprobada oficialmente. To-

do se había perdido, y desde ese momento quedó acordada la desocupación de la plaza, fijándose la salida de la poca infantería que nos quedaba, aumentada con los dispersos, para las doce del día, en dirección á la hacienda de "San Jerónimo:" el Cuartel general lo haría hacia el mismo lugar cuando los buques de guerra enemigos estuvieran en aguas de Tlacotalpam. Se procuró hacer saber esta determinación al vecindario, de una manera indirecta, á fin de no aumentar el terror que desde el principio lo dominó, y para que pudieran salir anticipadamente cuantos quisieran hacerlo para no verse expuestos al salvajismo de las legiones egipcias.

El mismo correo que mandó Zamudio le llevó la orden de permanecer dos días en el "Mesón" para que descansara la tropa, prosiguiendo luego la marcha para los Tuxtlas los guardias que hubiera de ese Cantón, á su mando inmediato, y regresando á "San Jerónimo" los soldados del "2º Activo" y los de Cosamaloápam, para reunirse á los dispersos de "Conejo." A los de Tlacotalpam, que se habían refugiado en "Sombrerete," se les ordenó que por la vía más corta regresaran á "San Antonio," hacienda muy inmediata á la "Boca de Acula," entre ésta y "San Jerónimo."

X

A las tres de la tarde, el Capitán Ehlers, antes de abandonar su punto, hizo sonar tres veces la campana mayor de la Parroquia. Era la señal convenida para que la población supiera el momento preciso en que el enemigo iniciaba su movimiento de avance.

Aquellas campanadas, cuyo solemne eco rasgaba el aire de una manera triste y acompasada á la vez, hicieron cambiar de momento el aspecto de la población.

Hombres, mujeres y niños, los que quedaban, se dirigieron á pie hacia la salida Sur de la ciudad, huyendo despavoridos, mientras otros lo hacían en canoas hacia el lado opuesto de

la ribera. Se repitió la misma escena del día anterior: la misma que diez y ocho meses antes provocó el Suizo Staiklin, cuando por primera vez invadió la población con sus feroces genizaros.

El General en Jefe con parte de sus ayudantes y el Secretario de gobierno, y el Comandante militar con los cordilleras, se situaron en la plazoleta de la Sabana, frente á la panadería de los señores Cházaro: al Coronel Gómez, con los Capitanes Rodríguez, Porragas y Aviñón, y con el Teniente Monclús, le ordenó que se situara como avanzada, para vigilar el camino de Alvarado, en la misma dirección de la calle de la Sabana: al Comandante Güido, con un cordillera, fuera de los Melonares, hacia la finca Beauregard para vigilar ese camino también; y al Capitán X..... con el Teniente Coronel González, en el "Astillero," á orillas del río, frente á la finca de "San Rafael," para que estuviera pendiente del desembarco del enemigo, en cuyo momento, y no antes, debería incorporarse al Cuartel general, para abandonar todos juntos, en definitiva, la población. Por último, el Teniente Lili, con la escolta que mandaba, se situó en el "Puente García" para proteger la retirada, y el Teniente Coronel Izaguirre, con los oficiales de la proveeduría y dos ó tres más, marchó para "San Jerónimo" á fin de tomar accidentalmente el mando de la infantería allí reunida, y evitar la deserción ó el desorden que pudieran acaecer por falta de un oficial inteligente y enérgico que supiera reprimir el uno ó la otra.

El Cónsul alemán izó la bandera de su nación en la azotea de su casa, y el pabellón nacional fué arriado en el Palacio Municipal.

XI

Las cañoneras enemigas avanzaban entretanto á media máquina, divisándose allá á lo lejos las columnas de humo que se aproximaban pausadamente; y en las torres y en otras al-

turas algunos curiosos expiaban la llegada de la fuerza invasora.

De repente, un movimiento rápido y violento, se nota á la salida Norte de la población, y carreras de caballos se perciben en la calle de la Sabana; las gentes huyen despavoridas, el pánico pintado en el rostro, iniciándose un verdadero desorden en todo aquel largo trayecto.

Aquello fué debido al grito de alarma dado por el Teniente Monclús, quien á todo escape regresaba de su puesto de observación, vociferando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡La caballería nos corta!

Y sin embargo no era cierto.

Tres ó cuatro mujeres que venían huyendo por el camino del "Esterillo" le dieron tal noticia; y sin cerciorarse de la verdad, emprendió la retirada repitiendo la voz é introduciendo la alarma, de tal manera, que en su carrera arrastró al Coronel Gómez y demás ayudantes que con él estaban. El Comandante Güido siguió el movimiento de retirada, y el General en Jefe, sin esperar el aviso del Capitán X....., se alejó á toda carrera también, seguido de los que lo acompañaban, oyéndose gran tropel rumbo al "Puente García."

Todos abandonaron la población. Aquello fué una especie de "sálvese quien pueda," y sólo el Coronel Gómez hizo alto con los suyos tras la "Tenería de Troncoso," á inmediaciones del reterido Puente. El Capitán X....., fiel á su consigna, no se movió del "Astillero," presenciando desde allí, con el Teniente Coronel González, la prematura retirada que hacían los demás jefes y oficiales.

No debe decirse por esto que aquellos que así huían eran unos cobardes: no. El que más ó el que menos, había dado prueba más de una vez de poseer valor y delicadeza. Era que la pérdida de "Conejo" y la falta de elementos, unidos á lo inesperado de los sucesos, habían desmoralizado los ánimos, y se necesitaba gran calma y mucho reposo para substraerse

á los efectos de esta desmoralización. En la historia de nuestras luchas civiles se registran muchos casos como éste; y la derrota de "San Lorenzo" se debió á idéntica causa. Nadie, á pesar de esto, ha dicho jamás que el General D. Miguel Echagaray fuera un cobarde.

Eran las cuatro cuando comenzaron á aparecer los buques de guerra, avanzando uno tras otro, precedidos del bote-correo que abría la marcha, por la orilla izquierda del río: tras el bote-correo seguían la "Foudre," la "Tonnerre," la "Tempette," y el último, cuyo nombre no recuerdo, quedando situados en una sola línea entre "Santa Rita" y "San Rafael." Momentos después, y á una señal hecha por la "Tonnerre," todas anclaron; y las chalupas que venían suspendidas á los pescantes, descendieron al agua, llenándose instantáneamente con la infantería egipcia, cuyos casquetes rojos hacían notable contraste con lo negro y lustroso de sus rostros.

Entonces comenzaron á dirigirse á la orilla opuesta para ocupar la población.

El Capitán X... creyó llegado el momento de retirarse á su vez, y seguido de su compañero se dirigió al lugar señalado por el General en Jefe; y no encontrándolo allí, prosiguió su marcha por la misma calle de la Sabana para incorporarse al Cuartel general. Cuando atravesaba la bocacalle de la Parroquia, pudo ver á los egipcios que se dirigían á la plaza, habiendo desembarcado frente al Mercado.

—¿A media rienda, compañero?—interrogó el Teniente Coronel, á quien le era absolutamente desconocida la población.

—No, Jefe: podríamos llamar la atención del enemigo con el galope de los caballos: ya que estemos próximos al Puente, al dar vuelta á la calle, entonces sí saldremos á escape para atravesarlo.

Y siguieron su camino sin ocuparse del enemigo, que había hecho alto en los bajos del Palacio, encontrando á poco

trecho al Coronel Gómez, al Capitán Vela y á los ayudantes de aquél, con dos ó tres dragones de la escolta del General.

—Te creía apostado en la bocacalle de la Parroquia,—dijo al Capitán al verlo llegar—eso al menos fué lo que me dijo el General; que te iba á dar cuatro hombres para hostilizar al enemigo.

—Así me lo dijo, en efecto; pero se ha marchado sin dejarme uno solo.

—Pues yo, con los que tengo, voy á hacer fuego tras la tenería, para que no crean estos negros que ocupan la plaza impunemente. ¿Me acompañan vdes?

—Vamos,—contestaron X..... y González, echando mano á sus pistolas.

Y saliendo todos al frente, hicieron una descarga que detuvo al enemigo un momento, pues no podía saber cuántos eran los agresores, ni si aquello sería una emboscada para atraerlos lejos de las cañoneras. Luego se fraccionaron en tres grupos correspondientes á las tres bocacalles más inmediatas, y repitieron las descargas, sin que el enemigo se moviera del punto que ocupaba.

Ya era tiempo de retirarse. Pusieron sus caballos al galope una vez reunidos todos, y cuando atravesaban el "Puente García," fueron saludados con una descarga perfectamente inofensiva.

XII

El rancho de Factor había sido el punto de reunión, y allí se incorporaron al General en Jefe con todos los demás que lo habían seguido. Desde ese lugar, cubiertos tras un abandonado horno de cal, pudieron presenciar el desembarque del último soldado egipcio.

El General García estaba densamente pálido, y con los gemelos seguía todos los movimientos que se ejecutaban á bordo de las cañoneras. Cuando las falúas volvieron á ser sus-

pendidas á los pescantes, se volvió á aquel grupo de subordinados y amigos que lo contemplaban sin osar pronunciar una palabra.

—Vámonos, señores,—dijo con acento conmovido.—Ya nada tenemos que hacer aquí.

Montó lenta y pausadamente, y silenciosos y cabizbajos se dirigieron todos á San Jerónimo, donde el dueño de la hacienda, tan patriota como desinteresado, había dispuesto lo conveniente para alojar lo mejor posible á sus huéspedes.

Se dió una orden extraordinaria que comunicó el Comandante Güido, estableciendo la "Sección de vanguardia," compuesta de las tropas que habían salido de Tlacotalpam. Confiósele el mando al Coronel Gómez, teniendo por ayudantes á los Capitanes Rodríguez y Aviñón, y al Teniente Monclús; y como Mayor de órdenes al Teniente Coronel Izaguirre.

El General en Jefe con el Comandante Terán avanzó una legua, alojándose en la hacienda de San Antonio, y al día siguiente se le unió el resto del Estado Mayor.

La noche fué triste y de penosos recuerdos. Cansados caballos y ginetes, todos se entregaron al reposo, seguros de que no eran los egipcios los que irían á interrumpir su sueño; y cuando el nuevo día los despertó se encontraron que, durante la noche, habían llegado los guardias de Tlacotalpam que habían marchado, aunque infructuosamente, en auxilio de "Conejo."

Podía contar ya la Sección con unos doscientos cincuenta hombres, y un rayo de esperanza penetró en el pecho de aquellos valientes que habían cedido á la fuerza para abandonar el punto confiado á su lealtad y á su valor.

Desde ese momento, un solo pensamiento dominó en todos, desde el General en Jefe hasta el último soldado: el de recobrar á Tlacotalpam.

XIII

Un incidente que tuvo lugar el día 11 hizo que se modificaran las disposiciones dictadas la noche anterior.

Serían las doce ó poco más, cuando estando en el corredor de la casa principal en San Antonio, el General en Jefe con sus ayutantes, divisaron de repente el tope de uno de los mástiles de una cañonera que parecía dirigirse á San Jerónimo: en esos momentos daba vuelta al torno del río llamado "la Isleta." Una de dos: ó el enemigo practicaba sólo un reconocimiento para probar de avanzar hasta Cosamaloápam, ó llevaba la idea de hostilizar la sección de observación situada en los "Amates." Como quiera que fuera, el hecho patentizó al general que era temerario permanecer en aquellos lugares sin exponerse á un segundo desastre, y á las haciendas y rancherías al furor de un enemigo feroz, cruel y salvaje.

Las tropas de la sección, bajo la influencia todavía de la derrota de "Conejo," y ante la potencia del invasor, cuyos buques hacían imposible toda resistencia, se dispersaron luego que, como desde San Antonio, divisaron la cañonera, yéndose á refugiar á los palmares que forman bosque en todos esos terrenos, hasta Acula; y el mismo General García, sorprendido de la inesperada visita, montó á caballo, ordenando la retirada de todos á Amatlán. El Capitán X..... marchó á comunicar la orden al Coronel Gómez, á quien encontró casi solo con unos cuantos oficiales y unos pocos soldados de Tlacotalpam.

La cañonera no llegó á San Jerónimo, regresándose á su punto de partida.

A la una comenzó la retirada, aun cuando, fuerza es decirlo, más parecía una fuga, pues no precedió orden ninguna de formación. La tropa tomó el camino, en el cual iban mezclados soldados y oficiales, marchando los últimos Gómez y X....., éste se quedó en la encrucijada de la "Boca de Acu-

la," para dar dirección á los que llegaron de los palmares; y aquél precipitó su marcha á Amatlán para recibir instrucciones del Cuartel general. Una granada que disparó hacia la campiña la cañonera, hizo que se introdujera el pánico entre los rezagados, y un jefe de alta graduación llegó á todo correr de su caballo hasta Cosamaloápam, donde ya el Jefe de Hacienda se había instalado con anticipación.

A las ocho de la noche ya todos estaban en Amatlán, alojadas las compañías en algunas casas que se habilitaron de cuarteles, y el General en Jefe con el personal de la Comandancia, en el pequeño hotel de la señora Avila. La noche se pasó bien, y el alegre toque de "diana" en la madrugada del 12 reanimó la moral de aquellos sufridos soldados que deseaban sólo algunos días de descanso para estar aptos y medir de nuevo sus armas con las del enemigo.

En las primeras horas de la mañana llegó una compañía de infantería de Cosamaloápam, al mando del Capitán D. Margarito Montalvo; y unida á otra de Tlacotalpam, la 2ª del "2º Activo" y á la guardia nacional de Acula, formaron la nueva Sección de vanguardia, la que al mando del Coronel Gómez contramarchó á San Jerónimo, como residencia, extendiendo sus operaciones hasta los "Amates," ó más adelante si era posible.

El Comandante de escuadrón D. Joaquín Jiménez se hizo cargo del mando del municipio de Amatlán, siendo Comandante militar del Cantón D. Manuel Rodríguez Torres, sucesor del Lic. Peniche.

XIV

Nada notable ocurrió el día 13, si no fué la baja y traslación á Cosamaloápam del Comandante Güido, por haberse enfermado de alguna gravedad.¹

¹ Una chanza tan pesada como inconveniente que usó el General para con Güido, hizo que éste, sintiéndose lastimado en su amor propio, y no pudiendo devolverla sin incurrir en un acto de indisciplina, hizo que pidiera su baja: el